

ESCUELA ES AMOR (1911) DE TOMÁS LUCAS GARCÍA¹: NOVELA PEDAGÓGICO-SOCIAL CON UNAMUNO AL FONDO

Escuela es amor (1911) by Tomás Lucas García: A Social Pedagogic novel with Unamuno as a Background

Fermín EZPELETA AGUILAR

Universidad de Zaragoza

Correo-e: ferminez@unizar.es

Fecha de aceptación definitiva: 26-10-2009

RESUMEN: El presente artículo glosa la novela pedagógico-social *Escuela es amor*, publicada por Tomás Lucas García en 1911. El interés de esta obra reside en la buena indagación sobre los modos pedagógicos de la España del primer decenio del siglo xx. Su autor, maestro, dibuja las penalidades de la escuela rural al par que defiende un mensaje educativo en sintonía con el que proclama un Miguel de Unamuno, que aparece como personaje en la novela, al insistir en la identificación de amor y pedagogía.

Palabras clave: Tomás Lucas García, Unamuno, escuela rural, novela de formación, pedagogía.

ABSTRACT: The present article criticizes the pedagogic social novel *Escuela es amor*, published by Tomás Lucas García in 1911. The interest of this work resides in the good investigation on the pedagogic modes of the Spain of the first decade of the xx century. His author, teacher, draws the hardships of

1. LUCAS GARCÍA, Tomás. *Escuela es amor*. [Madrid s. n.]: Revista Ilustrada, Imprenta Artística, 1911. Ejemplar de la Biblioteca Nacional, sgn. 1/75851.

the rural school and defends, as Unamuno does, an identification of love and pedagogy.

Key words: Tomás Lucas García, Unamuno, rural school, novel of formation, pedagogy.

En la estela unamuniana se sitúa esta novela tan poco conocida, que incorpora plenamente el mensaje del Rector de Salamanca de hacer de la pedagogía amor². Su autor es un escritor maestro³, que se sirve de un estilo «pseudomodernista» de no muy alto nivel, imbuido de una retórica que utiliza la reflexión moral y el sermón para glosar el asunto de la escuela rural de la época, con enfoque sobre la figura del maestro, convertido en personaje principal. Se trata de una obra que exhibe el máximo nivel de investigación realista sobre la situación social del maestro y recoge el espíritu de las revistas profesionales del magisterio de la Restauración. Aun es más, los comentarios y las reflexiones del narrador resultan perfectamente intercambiables con los artículos de opinión de tales órganos de expresión redactados por los maestros.

La novela, tras la expresiva dedicatoria a los niños harapientos de la escuela que regenta como maestro el ahora escritor⁴, se estructura en tres partes, y está atravesada toda ella por la historia del personaje protagonista, *Román de Dios*, niño huérfano cuidado en primera instancia por un ciego, y posteriormente por Juan, el molinero, en respuesta al auxilio que le prestó el muchacho en una ocasión. En efecto, muerto el ciego, su ayuda generosa a Juan, molinero de la aceña de Santiáz, a quince kilómetros de Salamanca, le facilita tomar nuevo padre adoptivo. Tiene alguna asistencia esporádica del marqués de Sacro Olivo, que vive en el palacio próximo y, sobre todo, del bondadoso maestro del pueblo, don Justo, quien se entrega de forma incondicional a la causa de la formación del muchacho. La novela arranca por aquí al modo de la picaresca, con peripecia formativa en medio de hambres y privaciones, eso sí, con ausencia del cinismo propio del género, y con guiño intertextual evidente al *Lazarillo de Tormes*, cuyo protagonista, como Román de Dios, había nacido también en una aceña del Tormes próxima a la ciudad de Salamanca⁵.

2. Miguel de Unamuno aparece en esta novela como personaje episódico en su condición de rector de la Universidad de Salamanca con ocasión de los graves disturbios estudiantiles de 1902.

3. La dedicatoria de la novela así lo confirma: «Os dedico esta obra, niños harapientos de mi escuela; si es pobre el ingenio y belleza lleva al menos la expresión sincera de mis anhelos de Bien y de Justicia. Esto solo me satisface. No quiero más gloria que saber he añadido un ápice a la obra inmensa de la dignificación humana. Vuestro Maestro».

4. Se anuncian como obras del mismo autor para publicar en la misma editorial, *Escuela ambulante (novela pedagógico-social)*, *Las jambres del tío Jambrina (novela corta de tipos y costumbres extremeñas)* y *En el umbral de la vida, (Lecciones a mis hijas), libro de lectura escolar*.

5. La natural vinculación de las estructuras novelescas formativas con la picaresca es aprovechada por los novelistas modernos. Véase, tal vez el más reciente ejemplo en la novela de ESLAVA GALÁN, Juan.

El niño muestra afición por la música y la instrucción; y el maestro, que ve en el escolar muchas posibilidades, intenta ayudarlo: al menos tiene que convertirse en maestro de escuela, para lo cual será necesaria la colaboración del mencionado marqués. La novela queda esbozada como progresión formativa de un muchacho que habrá de allanar dificultades para procurarse una educación. A partir de la aparición de *Don Justo* (los nombres de los personajes, como en la novelística realista decimonónica, son significativos) en el capítulo cuarto se despliega la cuestión de la escuela rural, al modo de las revistas profesionales del magisterio. Así, en el capítulo cinco se presenta un debate pedagógico entre Don Justo, El Marqués y el cura con exposición de dos líneas pedagógicas contrapuestas. La nueva, que invoca la intuición, los trabajos manuales y las excursiones, frente a la vieja rutinaria y maquinal. Al par se constata la dura realidad de la escuela, con seis horas de docencia directa del maestro en medio de las deficientes condiciones materiales y la consabida lista de malos tratos hacia la persona del maestro⁶.

La obra se va perfilando como una novela de formación, con un discente con maestro (en este caso, un maestro de primeras letras que viene a cubrir otras necesidades del muchacho) que se desplaza. El viaje al modo de la literatura realista ambiente (Galdós, Baroja, incluso Azorín) tiene como destino Madrid, y la formación buscada por *Román de Dios* es la del artista. Aunque sea de forma algo burda, desarrolla el autor la modalidad de novela de artista, pues glosa las dificultades para sobrevivir en Madrid de un joven que ve truncados sus ideales artísticos. La estancia en Madrid dibuja a un personaje enfangado en «la lucha por la vida», a modo de la trilogía barojiana, con tránsito por casas de huéspedes llenas de tipos curiosos, hambre, búsqueda de sustento diario y amores frustrados. El viaje de vuelta a casa con derrota permite dar un nuevo giro a la historia de la novela.

La segunda parte, tras elipsis temporal de seis años, da comienzo con la evocación de los sucesos estudiantiles de la Salamanca universitaria de 1902. Como se sabe, se trata del motín estudiantil de 2 de abril de 1902 motivado por la agresión de un guardia a un estudiante de Derecho. Previa reunión de los estudiantes en la Catedral de Fray Luis de León, se nombra una comisión para pedir al Gobernador

Escuelas y prisiones de Vicentito González. Barcelona: Muchnik Editores, 2000. El personaje, que cambia de escuelas, transcribe en primera persona, a través de siete capítulos (al modo del *Lazarillo*) los recuerdos escolares más amargos vividos por este narrador-protagonista, con intención de hacer la requisitoria de la escuela franquista. El padre del narrador, también como Lázaro, «había nacido en Tejares de Salamanca».

6. El maestro de la Restauración desarrolla un trabajo fatigoso que no se limita a las seis horas de clase (tres por la mañana y tres por la tarde), sino que debe añadir una dedicación considerable de tiempo para registrar las faltas de asistencia, poner al día el libro de matrícula, atender la correspondencia oficial, formar y custodiar el libro de gastos e ingresos de material, preparar listas de asistencia, hacer la estadística, confeccionar los programas de exámenes y alguna otra tarea más. Para todos los detalles sobre los usos escolares y el penoso vivir cotidiano del maestro de la Restauración puede verse el libro de EZPELETA AGUILAR, Fermín y Carmen. *Escuelas y maestros en el siglo XIX*. Zaragoza: Libros Certeza, 1997.

la destitución del policía. Recibida la comitiva, resulta sin embargo desechada la petición. Se atiza el fuego en forma de motín que grita ante el edificio del Gobernador, exigiendo la expulsión. Se organiza la manifestación en la que los estudiantes arrancan el empedrado del suelo para utilizar las piedras como proyectiles. Un piquete de la guardia civil reprime el motín con carga de fusilería y con el resultado de dos estudiantes muertos. Miguel de Unamuno, rector, ha intentado en vano aplacar a los jóvenes:

El Rector visitó al Gobernador que no vio otra solución al conflicto más que negarse en absoluto a la pretensión de los estudiantes. Los ánimos se exaltaron y una impetuosa manifestación de desagrado se organizó. Unamuno llamó a los estudiantes al Paraninfo y les exhortó a que depusieran su actitud y entraran en clase. Él trataría de que la dignidad de todos quedase satisfecha; hubo interrupciones como puños, a pesar del respeto que los estudiantes le tenían, y el partido exaltado se impuso [...] El joven normalista Román, nuestro protagonista, sentado estaba en uno de los divanes de la plataforma del Paraninfo no lejos de Unamuno al que quería y admiraba, y por otra parte, enemigo de aquella violencia, voceaba pidiendo calma y reflexión. Pero las voces de los revoltosos ahogaron las del Rector (154).

Retiráronse a prisa los municipales, los cristales de los balcones y ventanas del edificio del Gobierno Civil cayeron hechos añicos y nuevamente el rector se apareció ante los apedreadores, cruzándose de brazos frente a ellos, esperando con su noble arresto contener a los levantiscos. Las piedras volaron a su alrededor y tal vez alguna le hirió. En honor de Román hay que decir que detuvo algunos brazos y que viendo la valentía del rector se desgañitaba apostrofando y conteniendo las bélicas maneras de sus compañeros. Pero aquello no duró mucho. Un piquete de guardia civil a caballo fue llamado por teléfono y acudió a todo galope, pues preparado estaba. La corneta sonó por tres veces y las piedras y patatas respondieron a los vibrantes sonos de los clarines. Los aceros brillaron, los civiles cargaron sobre los estudiantes repartiendo sablazos... (156).

Román es ahora estudiante normalista que vive inmerso en la efervescencia estudiantil de una ciudad que aparece pintada, aunque a grandes rasgos, con el pintoresquismo propio de la ciudad universitaria: los motines, el canto a la juventud, la prostitución... Ni qué decir tiene que no se omite el deambular de los estudiantes por las calles salmantinas cercanas a la Universidad, tales como Plazuela de Anaya, Libreros, La Latina, el atrio de la Catedral, Calderón o la Rúa. La novela desarrolla por aquí parcialmente los rasgos de las novelas de costumbres universitarias. El protagonista, una vez en posesión del título de maestro, se propone ganar las oposiciones de titular de escuela. Se glosa bien esa situación, con las recomendaciones y dificultades anejas a esta prueba académica, avanzando en la investigación sobre la condición social del maestro:

Déjese de pedagogías que esa carrera es para los infelices que han nacido para mártires. Están poco retribuidos, mal considerados y después de esas oposiciones *terribles* si logran colocarse, van la mayoría a hundirse en los pueblos donde hallan más disgustos y desazones que bienandanzas. V. Tiene buen porvenir, continúe el

arte, sus aptitudes son notables y déjese de pensar en *desasnar burros* que es mal oficio por las coces que se reciben (189-190).

Paralelamente, en los momentos de zozobra social, el narrador pinta la situación del pueblo de Santiáz sumido en el infierno caciquil, con el maestro don Justo acosado por las fuerzas vivas, sometido a la férula de la Junta Local, integrada por personas analfabetas y diseccionada por el narrador al modo de los artículos de las revistas del magisterio⁷:

La escuela estaba abandonada; habíanla instalado en una vieja panera que arrendaba y mal pagaba el Municipio. Don Justo había tenido algunos disgustos con el Ayuntamiento y la Junta local de... no instrucción. Desconocedores sus individuos de los deberes sagrados que tenían, pensaban que su misión era solamente fiscalizadora y no se cuidaban de otra cosa que de presidir los exámenes⁸ al fin de cada periodo escolar, tratando en ellos, si era posible, de quitar todo mérito al maestro. (195).

Ellos elogiaban o censuraban la labor pedagógica, hacían buenos o malos los procedimientos de enseñanza. Y todo andaba como la instrucción. Aquel pequeño municipio, antes próspero, estaba arruinado y se murmuraban atrocidades cometidas por alcaldes y secretarios⁹. Miles de pesetas usurpadas al pueblo, arrebatadas descaradamente de las arcas municipales, sin que a pesar de la evidencia del robo, fuese posible hacer caer la espada de la justicia sobre los ladrones. Aquellos parásitos tendían como pulpos sus tentáculos, aferrándose a fuertes políticos, que a cambio de unos cuantos votos en las elecciones, cubrían con su manto caciquil la inmoralidad de los criminales (196).

7. Las juntas locales son los órganos de gestión del día a día de la enseñanza, y se encargan, por ejemplo, de evaluar anualmente la labor de los maestros. En cada distrito municipal se establece una junta compuesta por el alcalde, que actúa como presidente, un regidor, un eclesiástico y dos o más padres de familia. Las críticas más feroces que aparecen en la prensa pedagógica son las dirigidas a esta institución. Lo que más indigna al maestro es la falta de legitimidad natural con que actúan estas personas, casi siempre iletradas.

8. Los exámenes generales constituyen un acto artificioso en el que el maestro permanece al margen. Muchas veces se convierte más que en una evaluación del escolar, en un examen al propio maestro. Se trata de un acto consolidado como práctica académica desde la promulgación del Reglamento de 1838. Casi todas las personas que forman parte del tribunal evaluador son iletradas y a ellas les corresponde emitir calificaciones. Se censura desde la prensa el mal planteamiento que subyace en los cuestionarios orales formulados a los escolares. Así, por ejemplo, el abuso de preguntas descontextualizadas sobre fábulas o lecciones sueltas desvinculadas de los conceptos fundamentales del programa.

9. Son éstos para la prensa profesional las «auténticas bestias negras» que martirizan a los maestros. La prensa pedagógica prodiga, por ejemplo, no pocos cuentos y diálogos de carácter popular y costumbrista que pretenden reflejar situaciones cotidianas en las que el maestro se ve involucrado en su necesaria relación cotidiana con el alcalde, el secretario y el cura. El efecto buscado por los literatos, casi siempre aficionados, es el de reproducir los continuados comportamientos caciquiles de estas personas y el de plasmar el habla plagada de vulgarismos propia de personas iletradas.

Son páginas en las que se glosa cómo el caciquismo actúa sobre la estructura de la escuela, y que recuerdan a determinados pasajes de *Doña Mesalina* (1910) de José López Pinillos. El joven titulado se ha quedado sin plaza; ha sido el primer excluido (con el número siete) en un pugilato terrible en el que peleaban ciento veinte opositores para la disputa de seis plazas, con la asignación de ochocientos veinticinco pesetas anuales¹⁰. Román pasa por distintos oficios provisionales: escribiente, pasante, profesor particular en una alquería, con buen pretexto para la presentación de la vida ganadera salmantina en medio del caciquismo y los modos patriarcales canónicos.

La novela se va conformando, según terminología de su autor, como «novela pedagógico-social», en tanto que describe el funcionamiento de la escuela rural, desglosa idearios pedagógicos, con mayor detalle que cualesquiera otras de las novelas con personajes maestros escritas por novelistas importantes. Y, por otro lado, el joven protagonista desarrolla una especial sensibilidad con toma de conciencia por las cuestiones sociales, fortalecida además en tanto que gana aprendizaje vital y académico.

Sus experiencias profesionales contribuyen a arreciar la vocación pedagógica, a la que está dispuesto a imprimir un sesgo social, al amparo de las corrientes políticas de signo socialista utópico, machihembradas con idearios pedagógicos modernos. Propugna así un comunismo educativo, con escuelas y colegios especiales situados fuera de la ciudad (174), con acuse de recibo de la «nueva pedagogía» de cuño institucionista:

La sociedad estaría allí con sus adelantos científicos, filosóficos, literarios, industriales y si yo las llevaba al campo no era por apartamiento, sino por razón pedagógica e higiénica [...] Serían escuelas cíclicas, perfectamente graduadas, en las que entrasen los niños para aprender las primeras letras y saldrían los hombres con los conocimientos precisos para continuar el estudio y la práctica de las artes, de los oficios y profesiones (174-175).

El debate pedagógico que sigue da pie a la explicación pormenorizada de los nuevos procedimientos educativos que habrían de aplicarse en el nuevo modelo de escuela:

Tus escuelas tendrían hermosas granjas agrícolas, talleres, gabinetes de estudio, bibliotecas, museos, enseñanza de todas las ramas del saber. En ellas acumularías los medios más perfectos de educación donde se la diese. Los jóvenes de ambos sexos se educarían allí sin ascetismo de ninguna clase, sin privación de iniciativas,

10. Los sueldos se mantienen sin alteración a lo largo de toda la segunda mitad del siglo. Un maestro titular de una escuela pública elemental completa tiene derecho a disfrutar de una «habitación decente» y capaz para sí y su familia, a un sueldo fijo de seiscientos veinticinco pesetas anuales, por lo menos, en los pueblos que tienen de quinientos a mil habitantes; de ochocientos veinticinco pesetas (como es el caso del protagonista de *Escuela es amor*) en los pueblos de mil a tres mil; de mil cien pesetas en los pueblos de tres mil a diez mil habitantes. El sueldo de la maestra es inferior en una tercera parte hasta 1883, fecha en la que se equiparan las percepciones económicas de los dos sexos, como consecuencia de los efectos reivindicativos del Congreso Pedagógico de 1882.

sino con encauzamiento de ellas, con la libertad y alegría que constituyen la característica de la vida compleja. Atenderías la educación física con especial esmero, tus lecciones, tal vez, se diesen bajo los árboles. Y tus alumnos se ejercitarían en toda clase de juegos higiénicos y atléticos. En tu escuela se educarían niños y niñas, sin temores de quebrantar las leyes de la moral porque se encontrasen reunidos en las clases, en los estudios, en los talleres, en los juegos (178).

Junto a otros compañeros que pasean con él las calles de Salamanca, va desbrozando las ideas socialistas, con invocaciones a las lecturas de Marx, Proudhon o Spencer, pero entremezcladas con otros libros de la tradición cristiana: Balmes, San Jerónimo, San Agustín. «Fueron eclécticos en la lectura y se hicieron grandes revolucionarios» (181). Y cuando sale de las aulas de la Escuela Normal de Magisterio de Salamanca, queda perfilado el ideal pedagógico de redención social del protagonista:

Román quería como Oberlin y Pestalozzi recoger niños mendigos y consagrarse a su educación y cuidado. Sus ambiciones eran recorrer el mundo cual otro Asís, predicando la paz universal y pidiendo amores para los niños abandonados. Su infancia le hacía amar a los niños desheredados de la fortuna (182).

La narración avanza con saltos importantes de tiempo. Nueve años después de haber salido de Santiáz, el joven maestro ha regresado al pueblo y es percibido por los vecinos como un hombre hecho a sí mismo. Triunfa finalmente en las oposiciones tras el anterior intento fallido; esta vez con el número uno. Oye los consejos del viejo mentor, que sigue actuando con la autoridad del maestro espiritual. Román es el hijo espiritual del viejo maestro de escuela de Santiáz, a la manera de lo que sucede en *El maestro de Carrasqueda*, cuento de Unamuno que guarda cierto parecido con la novela de Tomás Lucas García¹¹. Don Casiano el maestro del cuento de Unamuno también empieza su labor educativa enseñando aseo y limpieza a los escolares; elimina «discursitos» prefabricados dedicados a los padres «caciques»; y pone en práctica, en definitiva, la pedagogía del amor defendida en todos los lugares, y que se recoge en la novela de Tomás Lucas García, verificando la filiación unamuniana de esta narración. En la novela de Tomás Lucas García el viejo maestro previene al discípulo acerca de las dificultades que envuelven la vida profesional del magisterio, en un medio hostil, con alcaldes, secretarios y curas como azotes inmisericordes. Toma finalmente posesión de la escuela de Magarzal para permutar con Don Justo por Santiáz.

11. En julio de 1903 insertó Unamuno en *La lectura* de Madrid el cuento titulado «El maestro de Carrasqueda» en el que se supera el estereotipo del maestro rural muerto de hambre y despreciado por todos, a través de la sublimación de la misión evangélica que le cabe desempeñar. Don Casiano se entrega en cuerpo y alma a sus alumnos, de modo que esta semilla germina en uno de sus discípulos, Ramón Quejana quien, como un auténtico hijo espiritual, acude a enterrar al maestro a Carrasqueda de Abajo. Unamuno prescinde en este breve relato de las marcas caracterizadoras *ad hoc*: malos tratos, escasez económica, pedertería, ignorancia, pusilanimidad... Compone un retrato de abnegación que sintetiza bien cuál es el desiderátum del buen maestro para Unamuno.

La tercera parte de la novela presenta ya la experiencia de maestro del joven en Santiáz. Ahora el repaso a las deficiencias de la escuela rural se hace exhaustivo. Siguiendo a rebufo de la retórica de las revistas profesionales del magisterio, se desglosan aspectos como la alta misión del profesor en contraste con la ínfima consideración con que es tratado por la sociedad; la falta de higiene de los alumnos y de los locales-escuela; el alto índice de absentismo escolar, juegos, aparatos didácticos, enseñanzas rutinaria y memorística frente a otros nuevos modos, excursiones, cajas de ahorros escolares¹², museos...

El joven maestro trata de poner en práctica esos nuevos modos pedagógicos en medio de las clamorosas limitaciones:

Román abrió de par en par las ventanas, aparecieron carteles, tableros, bancos, cuadros, máximas morales y planas caligráficas, colocado todo en una mezquina habitación que bodega asemejaba, capaz higiénica y pedagógicamente para treinta niños y en el que se almacenaban noventa o ciento. Román los vio ir llenando los bancos, y cuando ya en éstos no cupieron, sentarse en el suelo y en la ruin plataforma de madera, sobre la que se elevaba la mesa del profesor. ¡Era aquél un espectáculo bello y sublime al mismo tiempo que triste y doloroso! Un centenar de niños, almas-virgenes, almas-blancas, almas-esperanzas, rodeaban al joven maestro que de pie en el centro de la plataforma, contemplaba el interesante grupo con orgullo y amor (248).

Es una parte en la que asoma, ya de forma contundente, la voz editorial del narrador que aboga por una nueva escuela pública conectada a los ideales sociales, y que deberá convertirse en el centro sobre el que habrán de girar las demás instituciones humanas:

La escuela pública es sin duda la más grande conquista de la democracia; ante ella todos los niños son iguales, a todos cobija y a todos considera como semillas de flores preciosas que es necesario cultivar para que no nos quede el remordimiento de haber perdido la mejor y más bella (249).

La retórica encomiástica hacia la alta misión que le cabe en la sociedad a la figura del maestro se enciende, a esta altura de la novela, todavía más, si cabe. El maestro será, así, «el jardinero, que pródigo de ciencia, reparte por igual los beneficios del progreso» (249). Román se encuentra en su escuela un retrato de la sociedad: la mezquindad del local, la pobreza del mobiliario y la escasez de medios de

12. Dentro del ámbito escolar surgieron en 1878 las cajas de ahorros escolares como instituciones que tienen por objeto acostumbrar a los niños a la buena economía. Son vistas desde la prensa pedagógica como un instrumento de primer orden para educar la voluntad y la disciplina de los alumnos. Se había institucionalizado antes en varios países del mundo. La prensa del ramo está llena de artículos y comentarios que preconizan la implantación generalizada de esta práctica que exige la participación directa del profesor, quien recoge del niño, en depósito, la cantidad de dinero aportada para remitirla a continuación a la Caja de Ahorros en la que el alumno tiene abierta una libreta.

instrucción y el hacinamiento evidencian la falta de amor a los niños de la que adolece la sociedad.

Román veía a los niños la mayor parte descalzos, sucios y harapientos; raro era el que estaba bien vestido, y apenas si allí se veían las lindas caritas sonrosadas y frescas de los niños ricos. Parecían envejecidos prematuramente, con los rostros amarillos y tostados que pregonaban la falta de alimentación en que estaban (251).

El joven maestro se entrega a su noble cometido empleando sus mejores artes persuasorias: «acariciando a los tímidos», «reprendiendo afablemente a los revoltosos», «con paciencia maravillosa» (251). Está poniendo, en definitiva, la pedagogía del amor, clamada por Unamuno por esas fechas desde todas las tribunas posibles:

En el rostro del joven maestro se reflejaba el entusiasmo y el amor con que cumplía su soberano deber; radiante de placer explicaba, interrumpiendo sus palabras con preguntas *de cosas* y hechos que los niños conocían, haciendo dibujar objetos y dibujándolos él en el tablero, refiriendo cuentos breves, riendo, jugando, haciendo observar detalles de láminas y sugiriendo ideas sobre ellas¹³... (252).

En efecto, Don Miguel de Unamuno se siente llamado a una acción educativa total que extiende mediante sus escritos, en todos los géneros, y mediante sus conferencias y discursos de los primeros años del siglo xx. Son momentos en los que se siente un predicador, que casi como otro Cristo siembra su semilla para convertir la obra pedagógica en «demagógica». Unas veces será en Orense (junio de 1903), donde diserta sobre la pasión por sus discípulos («criaturas del espíritu»), del magisterio como religión («que sea una oración vuestra enseñanza»)¹⁴ y donde insiste en la necesidad de sentirse próximos a los niños («Desconfío siempre de aquellos a quienes los niños molestan o la presencia de éstos impone comedimiento o moderación», 536).

El mismo año de la publicación de *Amor y pedagogía* pronuncia en Valencia (abril de 1902) una conferencia en el Ateneo Científico en la que pide un papel activo por parte de los alumnos, invitándolos a «pensar en voz alta» («Desechad, escolares, lo que vuestro papel consiste en oír, ver y callar, y mucho menos os sometáis al fatídico “eso no me lo preguntéis a mí que soy ignorante”. Inquiridlo y revisadlo todo», O. C., VII, 505). Señala en él que, para poder ser eficaz pedagógicamente, hay que procurar el enriquecimiento interior. «Buscad esa vida interior, palanca de vuestra acción hacia fuera, y buscadla en el estudio, y en él cobrad la fe en vosotros mismos» (O. C., VII, 514-515).

13. De raigambre pestalozziana, la enseñanza por medio de objetos («lecciones de cosas») o apoyada en formas sensibles aparecen como uno de los sintagmas recurrentes de la nueva jerga pedagógica del momento, junto a otros como intuición, naturaleza, higiene, práctica gimnástica, granja-escuela, experimentación, jardín de infancia, excursión pedagógica, juegos, museos escolares...

14. UNAMUNO, Miguel de. *Obras Completas*, VII. Edición de Manuel García Blanco. Madrid: Afrodisio Aguado, 1958, pp. 526-546, «Discurso pedagógico de Orense». Texto publicado en *El Magisterio Salmantino*, año IX, núm. 22, 3 de agosto de 1903.

En agosto de 1903 reivindica en Almería la tradición como ingrediente de la labor educativa y cultural, pues «se hacen las nuevas ideas con el bronce de las antiguas» ya que «se hacen las ideas para el hombre y no el hombre para las ideas» (O. C., VII, 585, 27-8-1903)¹⁵. En el comienzo del curso 1903-1904 pronuncia un discurso en Béjar, en el que aboga por una educación social, postulando la integración de todo tipo de alumnos.

Ojalá llegásemos así a las escuelas primarias verdaderamente educadoras, a aquellas en que concurren los hijos de los vecinos todos, desde el más alto al más bajo, y aún mejor si como en algunas partes ocurre, se pasasen allí el día todo, haciendo una comida en común (605)¹⁶.

El verano de 1906 pronuncia un ciclo importante de conferencias en Málaga donde tal vez pueda encontrarse el ideario pedagógico más completo de Unamuno, en clara sintonía con lo que Tomás Lucas García quiere plantear en su novelística pedagógico-social. Insiste en la idea de la descendencia espiritual que supone para él un alumno. Son «hijos del espíritu» que tiene desparramados por España¹⁷. Rechaza la concepción de la escuela como asilo y reclama, en la segunda conferencia, que sea «una escuela de libertad y de dignidad humana» (725)¹⁸.

Desemboca en la idea matriz de *Amor y pedagogía*: «Pedagogía es amor», reformulada asimismo en la novela de Lucas García:

Enseñad constancia en el trabajo, y enseñadlo con amor. Al amor, o al amor a los niños se reduce la pedagogía. Mal enseñará a los niños aquel a quien los niños fastidian y esto es muy frecuente. Al niño sólo podemos acercarnos con la niñez de nuestra alma (725-726).

Se trata de algunos botones de muestra, sobre los que ha vuelto a llamar la atención Carles Bastons¹⁹, de cómo Unamuno se siente otro Sócrates (R. Flórez; Miguel Cruz Hernández²⁰), que practica una pedagogía intuitiva, a través de la lectura y el comentario de textos, aprobada con satisfacción por sus discípulos

15. UNAMUNO, Miguel de. *Obras Completas*, VII, «Conferencia en el Círculo Literario de Almería», 30-8-1903, pp. 568-588.

16. UNAMUNO, Miguel de. *Obras Completas*, VII, «Discurso de la apertura de curso 1903-1904 de Béjar», pp. 604-612.

17. UNAMUNO, Miguel de. *Obras Completas*, VII, 692, «Conferencia en el Teatro Cervantes de Málaga», 21-8-1906. «Siete hijos me ha dado Dios, y junto a ellos, a los naturales o de la carne, tengo por ahí esparcidos por España, hijos del espíritu, que serán los que digan lo mejor mío».

18. Conferencia de la Sociedad de Ciencias de Málaga, 23-8-1906, pp. 715-726.

19. BASTONS, Carles. Calas a la enseñanza española a fin de siglo: Unamuno, tradición y modernidad. En CIRILO FLÓREZ, Miguel (coord.). *Tu mano es mi destino. Congreso Internacional Miguel de Unamuno*. Salamanca: Ediciones Universidad de Salamanca, 2001, pp. 37-46.

20. FLÓREZ, Ramiro. Sistema de pensamiento y razón educativa en Unamuno. *Cuadernos Hispanoamericanos*, 1987, vol. 440-41, pp. 187-204. CRUZ HERNÁNDEZ, Miguel. La misión socrática de Unamuno. *Cuadernos de la Cátedra Miguel de Unamuno*, 1952, vol. III, pp. 41-53.

(G. Espino; M. García Blanco²¹); aliento que también insufla a la obra literaria mediante su «razón educativa» (R. Flórez). Ejemplificaciones, en suma, del «pensamiento educacional» de un Unamuno (César Aguilera) «educador total» (Buena-ventura Delgado; Rafael Rubio Latorre²²).

Para Román, lo mismo que para Unamuno la entrega diaria a los niños harapiertos era «como santa comunión, que diariamente acrecentaba en él el amor y el deseo de sacrificio que sentía por los desheredados» (252). «Y los niños haraposos posaban sus manos en sus piernas, rozando sus trajecitos desgarrados y sucios con él, limpiándoles en muchas ocasiones, alimentaba a los más pobres y si se herían en sus juegos y riñas, restañábales la sangre con solicitud cariñosa» (252).

A lo largo de todo este primer capítulo de la parte tercera, va completándose la investigación sobre los modos de la escuela vieja, intentando ser suplantados por los de la nueva, que alienta el protagonista. El narrador reclama «escuelas con jardines y amplios patios» en lugar de las zahúrdas habituales, una enseñanza de la lengua práctica que sustituya a las lecciones de Gramática fosilizada (255). Román establece los trabajos manuales para convertir la enseñanza en racional en lugar de maquinal; establece los paseos y excursiones escolares²³; quita los viejos cuadros y máximas de las paredes y coloca en las ventanas macetas de flores; forma un museo escolar y un rico arsenal de lecciones de cosas (257). Intenta cambiar la mentalidad de unos padres incapaces de entender la misión de la escuela, para lo que propone que los niños, lejos de ausentarse de la escuela para ayudar a las faenas agrícolas, tengan ocasión de formarse técnicamente en las granjas-escuela: «Solicitaré un campo escolar de experimentación agrícola donde los niños, al par que vigoricen sus músculos y adquieran robustez y fuerza, aprendan a amar la tierra y a cultivar las plantas que nos alimentan y recrean» (259).

No faltan en este programa de transformación de la escuela las exposiciones de trabajos manuales o la organización de fiestas y veladas en las que el maestro se sirve del aparato de proyección para hacer la enseñanza agradable e intuitiva, o el fomento del periódico escolar o de las cajas de ahorros infantiles.

Al amparo de la pedagogía de Spencer (262), Román cree necesario seguir utilizando el sistema de premios y castigos, eso sí, razonable y explicado a los alumnos:

21. ESPINO, Gabriel. El Magisterio de Unamuno. *Cuadernos de la Cátedra Miguel de Unamuno*, 1966, vol. XVI y XVII, pp. 99-106. GARCÍA BLANCO, Manuel. Don Miguel y la Universidad. *Cuadernos de la Cátedra Miguel de Unamuno*, 1963, vol. XIII, pp. 13-32.

22. AGUILERA, César. Pensamiento educacional en Don Miguel de Unamuno. *Revista Calasancia*, n.º 44, octubre-diciembre, 1965, pp. 484-485. DELGADO, Buena-ventura. *Unamuno educador*. Madrid: Magisterio Español, 1973. RUBIO LATORRE, Rafael. *Educación y educador en el pensamiento de Unamuno*. Salamanca: Ediciones del Instituto Pontificio San Pío, 1974.

23. Actividad estrella de los nuevos programas intuitivos. Los paseos escolares propician la observación directa de objetos y el posterior comentario escrito sobre lo visto. Las novelas que estudiamos insisten en este motivo didáctico verificado los jueves y los sábados.

Cuando se cometía una gran falta de la escuela, Román la juzgaba con los demás niños y el *delincuente*, era *castigado* a perder uno o varios *puntos* y había ocasiones en las que esto no bastaba y era preciso recurrir a medios más violentos según el estado psicológico del niño. Sin embargo, Román perdonaba siempre, pues creía que el perdón es consecuencia de la justicia (262).

Se insiste en las malas condiciones del local, en el hacinamiento, y se glosa la escuela como lugar de socialización y de adquisición del valor del patriotismo, plasmado a través de himnos y canciones dedicadas a la nación o a otros conceptos nobles como el Trabajo, la Verdad o la Humanidad. Todo un programa educativo que tiene como fundamento el amor: «El maestro ha de ser un niño grande que con un corazón sublime todo amor y benevolencia, sepa conducir a sus discípulos por el camino áspero de la vida» (263). Se rechaza la separación de los sexos en la escuela y se valora la misión de la escuela de adultos, atendida en horario nocturno por el mismo sufrido maestro que ha dedicado toda la jornada a los infantes. Toda una misión puesta al servicio del ideal de redención social:

Sea la escuela paraíso encantado, en el que las generaciones aprendan a conocer la fruta del bien. Haced en ella el ensayo de la sociedad comunista, de la sociedad fraternal, de la sociedad libre, equitativa y justa, exenta de miserias, cobardías y mentiras, iluminada por la aurora hermosa de la Verdad divina... (267).

Surgen, como consecuencia de este noble empeño, los conflictos con las «fuerzas vivas». Aparece la cuestión religiosa, al no aceptar el maestro la intromisión de los párrocos en el adoctrinamiento de los escolares. No accede a la petición del sacerdote para que los niños confiesen y comulguen y se siente incómodo ante la invitación del Ayuntamiento para asistir a una fiesta religiosa, y recuerda cómo, aunque su maestro don Justo tenía ideas republicanas y anticlericales, acudía a ellas para tratar de fomentar la armonía entre las distintas instancias sociales.

La mecha está ya encendida y se subraya la toma de conciencia política; proliferan las peroratas, discursos y reflexiones que intentan explicar una educación en clave redentora, vinculada a un sentido moral y a una suerte de misticismo activo, que contrasta con el contemplativo, encarnado en la hija del Marqués, de quien está enamorado Román. Esta relación amorosa funciona como estímulo novelesco y aporta al texto un tono folletinesco, aumentado, si cabe, por la incorporación de la anécdota del personaje *Alidad*, mujer de la prostitución y antigua novia en Madrid, y que ahora, en un reencuentro casual en el campo salmantino, propicia que Román de Dios pueda hacer con ella, sorteando obstáculos y venciendo prejuicios sociales, la labor de redención a la que se siente llamado: le da casa en el pueblo y educación a sus hijos.

Como telón de fondo se presenta el convulso devenir de la historia de España en los años primeros del siglo xx, con la «cuestión social», la «revolución de Barcelona» o la «Guerra de Marruecos». La novela en su tramo final invoca a una redención social a la manera de las novelas de Galdós como *Ángel Guerra*, *Nazarín* o *Halma*, con subrayado del componente espiritualista. El héroe se eleva a menudo «en místicas contemplaciones, en amorosos ensueños» (268); se señala el proceso

de misticismo de un Román de Dios que apela constantemente a una religiosidad que desprecia todo aparato de culto exterior, en perfecta sintonía con aquellos héroes galdosianos: «El culto de esta religión era culto interno sin sacerdotes consagrados, sin templos soberbios, sin dogmas ni credos inmutables, sin imágenes y sin signos exteriores representativos de lo irrepresentable» (271).

El maestro de Santiáz se convierte en un apóstol que, en tono inflamado, pronuncia discursos y conferencias señalando el nuevo camino que ha de seguir la humanidad, soldando así escuela y socialismo. Atrae definitivamente a Teresa (hija del Marqués) para su causa; y tras algunas dudas, ésta se une a Román en el proyecto de fundación de escuelas para niños harapientos, bajo el estímulo de una nueva pedagogía colectivista. Y todo ello en una hermosa finca de los marqueses: «Después de convertida Teresita a su religión acabarían en Santiáz las escuelas almacenes, sin luz, ni ventilación, sin material, sin enseñanza racional y práctica. El maestro soñaba imaginando escuelas modelos, escuelas nuevas, escuelas modernas» (308).

La propia Teresita trabaja ahora como maestra privada, en medio de ambiente caciquil: «El maestro hizo comprender a Teresita el poco gusto con que veía la compañía que traía. El alcalde y el cura representaban la tiranía rural, el azote del maestro y en vez de protectores de la enseñanza, eran generalmente sus más encarnizados enemigos»²⁴ (360).

El pueblo de Santiáz, por medio de las maniobras caciquiles, muestra desafecto al mentor y da pie a la estampa clásica de la formación de expediente al maestro incómodo y el consiguiente traslado de escuela:

Y el odio clerical era más grande que el odio caciquil. Y entre los dos tramaron su ruina. Una calumnia, arteramente vertida, y unas visitas de la Junta local a la escuela, proporcionaron pretexto para pedir la formación del expediente, ¿causas? Cualesquiera. Los paseos y excursiones escolares demostraban, si ellos querían, abandono y negligencia en el cumplimiento del deber; la ausencia de los cuadros de historia sagrada (Román había quitado todos los cuadros de las paredes) justificaban lo de maestro y ateo, aunque de tales cuadros habían sido proscritos por atentatorios a la higiene, a la estética y a la moral, la entrada del maestro en la taberna acompañando a los labradores y obreros, era prueba segura de su habitual embriaguez (403).

Se produce una quiebra en la relación entre Teresita y Román. Los enemigos del maestro instigan a la joven a crear escuelas católicas en el pueblo. «La escuela pública, reducida a una veintena de niños desarrapados, iba poco a poco muriendo, combatida por la de los salesianos y la de las *hermanas*» (411). Son los momentos de la máxima tensión social; y la cuestión social se convierte también en «cuestión escolar». Román defiende a Ferrer y Guardia²⁵ con incomprensión de Teresa que,

24. No puede faltar en una novela como esta la glosa de las presiones y extorsiones a los maestros de los componentes de las «juntas locales».

25. Resulta obvia la relación del personaje Román de Dios con el pedagogo catalán Francisco Ferrer Guardia (1859-1909), condenado a muerte, tras un proceso militar, y fusilado en los fosos de Montjuïc. Este hecho importante, que provocó la caída de Maura, funciona en la novela como otro posible

a partir de aquel día se distancia de él. «Desde el día que Teresita supo que Román defendía a Ferrer, levantó una barrera entre ella y su antiguo amigo, renunciando a tener trato alguno con quien de tal modo pensaba» (410).

Se queman conventos en Barcelona, se suceden los actos terroristas anarquistas con bombas y destrozos y el maestro Román llega a la Corte para propagar su ideario. El mitin de la Casa del Pueblo de Madrid propicia la reunión de Teresa y Román y el encauzamiento de su maltrecha relación. En este acto el maestro desgrana de nuevo su proyecto pedagógico con atención a la escuela maternal (421) donde los niños, recogidos desde los primeros años, fuesen alimentados por el Estado y educados por sabios profesores, hábiles pedagogos y entendidos higienistas. Una escuela basada en la naturaleza y la religión que excluyera «todas las ceremonias de las religiones con dogmas definidos y credos inmutables» (422); una escuela neutral y laica, que no es «anticatólica ni antirreligiosa», y que no destruya sino el error al enseñar la verdad (425). Una escuela creadora y de amor, moral que forma seres inteligentes y libres; una escuela mixta, en la que la educación física habría de ser una materia básica. Quedaría reforzada en verano por una escuela ambulante que se trasladase por playas y montañas: «Era, según Román, una escuela con un régimen comunista basado en una estricta igualdad de bienes y derechos», pero que excluía todo sectarismo político y religioso, haciendo a los hombres seres inteligentes y morales antes que doctrinarios (427).

Teresa entiende que la escuela laica ensoñada por Román no era la que le habían pintado como destructora del orden social y unen los dos definitivamente sus fuerzas para acometer la empresa pedagógica de redención, una vez pasados los días de amor y rosas, tras promesa de amor eterno. Ponen en marcha la fundación en los terrenos de Teresa y recogen un primer contingente de centenares de niños, recogidos la mayoría de la misérrima región de Las Hurdes²⁶. Se construyen casas anexas destinadas a albergar a las parejas de enamorados que «después de su educación, quisiesen seguir viviendo asociados a la escuela» (447).

descadenante narrativo. Tras una trayectoria profesional itinerante y un activismo político temprano (colaborador con Ruiz Zorrilla en pronunciamientos republicanos), se exilia en Francia, desde donde inicia su labor pedagógica (estudia la «pedagogía racionalista») renunciando en un primer momento a la actividad política. Su relación en ese país con Ernestine Meunier recuerda la que recrea Tomás Lucas García a través de la pareja Román-Teresa. Ésta, como Ernestina, es una rica heredera a la que finalmente convence el protagonista de la puesta en pie de un proyecto pedagógico nuevo, con la herencia del marqués. El mismo proyecto de «Escuela Moderna» (con una escuela independiente del Estado y de la Iglesia y fuertemente renovadora en sus métodos educativos) que intenta hacer funcionar Ferrer en Barcelona con la herencia de un millón de francos que le deja su compañera. Mateo Morral, profesor de esta «Escuela Moderna» atentó contra Alfonso XIII el día de la boda real (1906). Como consecuencia de ello, la Escuela queda clausurada y se procede contra Ferrer, quien resulta exculpado. Acude éste a Francia, Bélgica e Inglaterra para propagar sus ideas pedagógicas. Pero los hechos de la «Semana Trágica» encuentran al pedagogo de vuelta en Barcelona, y el Gobierno Maura ve en él el chivo expiatorio para dar el escarmiento.

26. La región de Las Hurdes queda como símbolo de tierra sin pan y de retraso físico y moral de sus habitantes a partir del conocido viaje real de Alfonso XIII, el posterior documental de Buñuel y la literatura de viajes realista de «andar, ver y contar».

Pasa el tiempo, vienen los hijos de la pareja («rubios como Teresita y nobles e inteligentes como Román», 448), que viven y se educan en las mismas condiciones que los demás niños. La comunidad escolar crece armónicamente en medio del ejercicio higiénico, los paseos, las excursiones y los juegos. El odio social se recrudece y la lucha entre escuelas religiosas y escuelas laicas está en los momentos más virulentos:

Román trataba de alejar aquel odio y llevó a todos los pueblos cercanos a su escuela, instituciones benéficas y sociales. Sociedades de «socorros mutuas», «cantinas escolares», «créditos agrícolas», «Pósitos», «casas de nodrizas», en las que mujeres robustas y sanas ayudaban a criar los niños de aquellas madres que se inutilizaban para el cumplimiento de sus sagrados deberes (455).

Se celebra la fiesta del décimo aniversario de la fundación (con alguna quiebra de la verosimilitud de la cronología interna) en medio de ese ambiente hostil que aboca a final en catástrofe. Algunos fanáticos partidarios de la escuela de Román habían incendiado los colegios religiosos y, al mismo tiempo, los enemigos de las escuelas laicas propiciaron la inundación de los establecimientos docentes experimentales de Teresa y Román:

La catástrofe fue espantosa. A Teresita y a Román se les vio flotar un momento abrazados, después desaparecieron entre el torbellino tumultuoso de las aguas [...] El fanatismo rojo incendió las escuelas religiosas; el fanatismo negro extendió sus tentáculos de muerte destruyendo las escuelas redentoras de Román (459).

El final apocalíptico da paso a la tesis: «Las formas religiosas no son nada. ¡Luchad por las ideas que el combate es santo!... pero el odio no redime».

La novela de Tomás Lucas García tal vez no ocupe un lugar en la serie literaria, debido a la impericia de su autor para resolver algunas cuestiones narrativas básicas (inverosimilitud temporal, redundancia machacona, exceso de tesis), pero recoge todos y cada uno de los señuelos lanzados por esta tradición literaria de la novela de aprendizaje. Construye una «novela pedagógico-social», con un protagonista que, superando las condiciones desfavorables que rodean su infancia, gana aprendizaje a la vez que se construye una recia personalidad moral para poder desplegar un ideario pedagógico en el ambiente hostil en el que vive. El buen ejemplo de su maestro, don Justo, se ha convertido en el mejor acicate formativo.

Román es así un héroe de novela de aprendizaje, con el consiguiente subrayado de la etapa de juventud, a la manera del *Bildungsroman* clásico. Es un aprendiz, que convertido en maestro, plasma en su ejercicio profesional una visión de la escuela, en medio de la inercia de la «vieja escuela», presentada en sus distintos aspectos. Pero, en este caso, las duras condiciones de su infancia (orfandad, pobreza) y la localización (Salamanca y alrededores) empujan al novelista a establecer guiños intertextuales con la novela picaresca y, en particular, con el *Lazarillo*, poniendo en conexión dos géneros, picaresca y *Bildungsroman*, que aparecen de la mano en los clásicos de aprendizaje.

Asimismo, el prestigio universitario de Miguel de Unamuno, que aparece como personaje episódico en esta novela, sirve de motor a una historia en la que su autor incorpora cuadros estudiantiles, tamizados casi siempre por la convulsión social o por la nota marginal, al modo también de la novelística realista y naturalista, con añadido de elementos folletinescos. La tesis de la pedagogía como amor, explícita ya en el título, conecta su contenido con la propuesta unamuniana de su novela de 1902, *Amor y pedagogía*, y con el discurso educativo que por esas fechas el Rector de Salamanca proclama a los cuatro vientos a través de distintos medios.